

A portrait of a young man with dark hair, smiling, wearing a dark polo shirt. The background is dark with a faint, stylized purple and white graphic overlay.

MÁS ALLÁ DE LAS CICATRICES *encontrando una luz al final del túnel*

-Sebastián Núñez Chavarro -

Procedencia

Palmira (Valle del Cauca)

*Estudiante del programa
de Ingeniería Industrial*

MÁS ALLÁ DE LAS CICATRICES

Tal como las primeras luces del alba que danzan con timidez en el horizonte, así comienzo mi relato, con los inicios dispersos y luminosos de una vida tejida entre recuerdos y sucesos inesperados. Poco más de dos décadas desde que una revelación dolorosa y desgarradora sacudió mi alma. Hoy, decido sumergirme en lo más íntimo de mi sombría habitación, explorando los recuerdos más oscuros y escondidos que reposan en mi mente, aquellos que, con desesperación y tormento, han sido desterrados del abismo del olvido.

Fue en el misterioso y gélido mes de noviembre de 1999, cuando mi travesía por este plano terrenal tuvo un inicio tan extraordinario como desconcertante. Mis padres, como cualquier familia llena de esperanzas y sueños, ansiaban recibir con alegría a un bebé que, de acuerdo sus expectativas, inundaría completamente sus vidas de felicidad y dicha. Pero, aquella inocente perspectiva se desvaneció rápidamente y mi existencia se vio envuelta en un vendaval de desilusiones causadas por su desapego e indiferencia; un

abandono doble que reaviva en mí cicatrices emocionales que se niegan a sanar cada que entro en contacto con ellas.

En los albores de mi existencia, un destino incierto comienza a tejerse ante mí. Al primer mes de mi nacimiento, la vida me sumió en una realidad desconcertante; mis padres, cada uno siguiendo su propio rumbo, apenas cruzaron camino conmigo. Mi madre, en un giro inesperado tuvo que partir para otra ciudad a buscar empleo con la finalidad de cubrir mis necesidades básica, por lo que, decidió confiar mi cuidado a Nina; mi abuela, quien se encontraba viviendo con la dama resiliente; mi tía y mi compañero de aventuras; mi primo. En ese momento, ya no era sólo un bastardo, sino que me convertí en un bebé abandonado, con la sombra de la ausencia de mis “protectores” persiguiéndome por todas partes.

Hay quienes consideran que a los meses de haber nacido no se siente el peso del abandono, que los recuerdos son sólo borrosas



pinceladas en el lienzo de la memoria; pero se equivocan. Apego, amor, presencia: es en esos primeros momentos de vida cuando el alma ansía y necesita cada uno de esos lazos que nos reconectan constantemente al mundo. En el nuevo hogar, entre llantos compartidos y brazos que se desviven por abrazar, se inicia la danza de almas unidas por el enlace del afecto. Es ahí, con Nina, en medio de esos brazos arrugados, llenos de experiencias y amor, con la dama resiliente, quien asumió roles de madre protectora, y de mi compañero de aventuras, con quien día a día se construyen travesías de vida, conocidos de ahora en adelante como “mis tres pilares protectores”, que comenzamos juntos a entretelar una nueva realidad que florece entre hilos de sangre y corazones rotos llenos de esperanza.

Entre los inquebrantables recuerdos de infancia, una serie de pesadillas se posan sobre mí. Poco después de transcurrir los primeros años,

cuando mi corazón estaba listo para evocar sus sentimientos y mis palabras anhelaban expresar mis pensamientos más sinceros, descubrí una característica que me diferenciaba del resto de niños; un exceso de miedo se aposentaba en mi alma y me envolvía en un mundo silencioso e inaccesible. Era como si una barrera invisible se erigiera entre el mundo exterior y mi alma, y aunque me hacía ilusión conectar con el resto de las personas que me rodeaban, me resultaba insoportablemente difícil comunicarme con cualquiera que no fueran mis tres pilares protectores, pues la timidez y ansiedad tejieron un enredo de emociones en mi interior, atándome con nudos que parecían imposibles de romper.

Era como si mi voz quedara atrapada en la garganta y mis pensamientos fueran rehenes en una maraña de palabras no dichas. Por lo que, en la búsqueda de respuestas, me hundí en un mar de indecisiones médicas, en donde los doctores me observaron detenidamente y, sin tener la llave precisa para descifrar mi alma, emitieron un diagnóstico erróneo de

autismo. Realmente, era el miedo, el temor profundo a relacionarme y vivir, lo que se escondía detrás de esa “neurodivergencia”. Mi espíritu deseaba abrirse al mundo, pero los paisajes de la vida parecían esquivos y desconocidos, enfrascándome en el desasosiego de un sendero que no me atrevía a recorrer.

En el umbral de mi educación primaria, las puertas de un colegio bien posicionado se abrieron para recibirme, y aunque parecía un inicio prometedor, pronto me encontré enfrentando una oscura batalla contra el enemigo silencioso, el acoso escolar; ese temido monstruo que creía sólo existía en relatos lejanos, se hizo presente en mi realidad con garras afiladas y crueldad insidiosa.

Era un niño introvertido, de esos que prefieren perderse en la sombra del silencio, encontrando refugio en un rincón solitario durante los descansos. Mi lonchera, fiel compañera de los recreos, se convirtió

en el foco para dos chicas mayores que yo, dos figuras despiadadas cuyos corazones parecían nutrirse de la crueldad misma. Como depredadoras acechando a su presa, se acercaban a mí con actitud déspota y despiadada, usurpando mi almuerzo una y otra vez sin cesar durante todo el año. Si me atrevía a resistirme, su feroz ira se desataba sobre mí dejándome marcas físicas y emocionales profundas, me arrastraban de los brazos y las piernas, mi frágil cuerpo comenzaba a convertirse en un títere indefenso en sus sádicas manos, mis ojos se inundaban de lágrimas silenciosas, pero mis labios permanecían sellados incapaces de pronunciar las palabras que podrían detener el tormento. La timidez y el miedo se aferraban a mi corazón y mi alma exhausta, anhelaba escapar de esa pesadilla sin fin.

Poco a poco los días de mi infancia se teñían de sombras entre un mar de pesadillas, ya que, con el paso del tiempo, en la fragilidad de mis once años me encontré atrapado en un torbellino de abusos y accesos carnales sin precedentes, una opresión implacable que amenazaba con ahogar mi inocencia. La

persona sin nombre, una figura que actualmente acecha constantemente mis memorias, se convirtió en un monstruo despiadado que oscureció mi mundo con su presencia. Este abuso se grabó en mi alma como un tatuaje invisible, un enigma indeleble que llevé en silencio durante años.

En las tinieblas de mi corazón escondí la verdad, temeroso de las represalias y juicios que podrían caer como una borrasca incesante sobre mis hombros frágiles. Nadie más que yo sabía el martirio que me aprisionaba, nadie más que yo soportaba el peso aplastante y debilitador del abuso cometido convirtiéndome en un espectro, esquivando miradas y ocultando mi dolor detrás de una sonrisa forzada. Mi alma, una vez vibrante y curiosa, se tiñó completamente con la desesperación y el desamparo; las heridas invisibles sangraban en silencio y mi corazón se convirtió en una cárcel de dolor y vulnerabilidad.

Con el pasar de los años, en mi adolescencia, sentí la necesidad de saber sobre mi madre, una figura mitológica en mi mente, que se alejó

sin dejar rastro alguno generando en mi corazón un debate entre la esperanza y el temor ¿Estará viva o la distancia refleja su indiferencia? Me vi sumido en la necesidad por ser reconocido, me arrojé a la aventura de buscarla en redes sociales donde la encontré acompañada de una ecografía con una nueva vida creciendo en su vientre, lo que me llenó completamente de alegría. Aquel nuevo contacto también me permitió conocer que: “Años atrás, otro bebé había nacido con una imagen mitológica como madre, quien por fortuna contó con sus propios pilares protectores que le acogieron en su cálido amor”.

En cuanto a mi padre, una silueta fugaz, aunque intentaba llenar los vacíos económicos, su presencia era un rayo intermitente en mi existencia. A veces compartíamos momentos fugaces, pero nunca lo suficientemente fuertes para llenar los espacios emocionales que mitigaran el anhelo de un vínculo más grande y sólido. A lo largo de los años, luché contra sombras de prejuicios y desentendimientos para forjar un lazo más estrecho

con él, pero me enfrenté a la dolorosa realidad de ser el tercero en discordia, el hijo de una relación no deseada por algunos.

Comprendí entonces que, forjar una relación significativa con mis “protectores” requería de un esfuerzo por ambas partes. En la actualidad, tenemos vínculos distantes e intermitentes, por lo que, he dejado de idealizar la fantasía de un amor perfecto. Decido valorar el amor incondicional de quienes han estado acompañándome en esta travesía llamada vida.

Fue entonces, con el paso de los años, cuando el peso de los abusos y traumas acumulados comenzó a deteriorar mi psiquis sumergiéndome en estados emocionales oscuros llenos de ansiedad y miedos paralizantes, que decidí buscar una salida a ese túnel, armándome de valor para cruzar el puente de la ayuda psicológica que me salvara de caer al abismo. La terapia fue un soporte vital que me ayudó a transformar mis experiencias dolorosas, gestionar mis emociones y reconectarme con

mi fortaleza interior. Representó un punto de inflexión hacia la luz, equipándome con herramientas para reconstruir mi autoestima y recuperar el control de mi vida. Acudir a esta ayuda fue como encontrar un oasis en medio del desierto: por primera vez me sentí validado y comprendido.

Es por ello, por lo que, en el crepúsculo de mi odisea personal, comprendo que esta búsqueda va más allá de resolver un enigma. Es un viaje hacia mi propia esencia, una confrontación con mi pasado y mi presente, con mis miedos y anhelos más profundos. Y aunque la vida ha decidido poner una serie de obstáculos, desilusiones y dolores insondables en mi camino, he logrado atravesar campos tejidos de sufrimiento y agonía con el único fin de demostrar que las cicatrices del pasado se han convertido en mi bastión de resiliencia y empatía, permitiéndome entender y solidarizarme con aquellos que sufren: “Como un fénix renaciendo

de las cenizas, he resurgido de cada prueba con mayor fuerza, sabiduría y empatía, ofreciéndoles mi mano amiga con la certeza de que pueden confiar en mí para ser su escudo y guía en los senderos tortuosos de la vida. Sabiendo que mi travesía continúa, transformé el dolor en esperanza, la oscuridad en amanecer.

Encontré mi motivación a través de la educación superior como una fuente inagotable de conocimiento y valor, comprendiendo que más allá de tener una vida perfecta, somos nosotros quienes vencemos a los monstruos incipientes del camino hacia la construcción de un futuro prometedor, que, así como yo, pueden iniciar su búsqueda para ‘encontrar una luz al final del túnel’”.